

La lengua del espejo: Harry Potter traducido

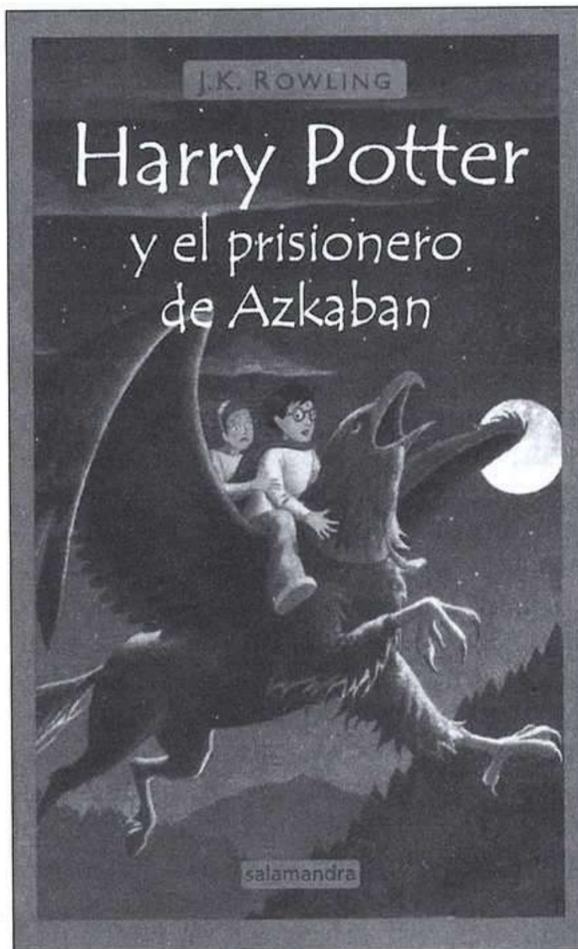
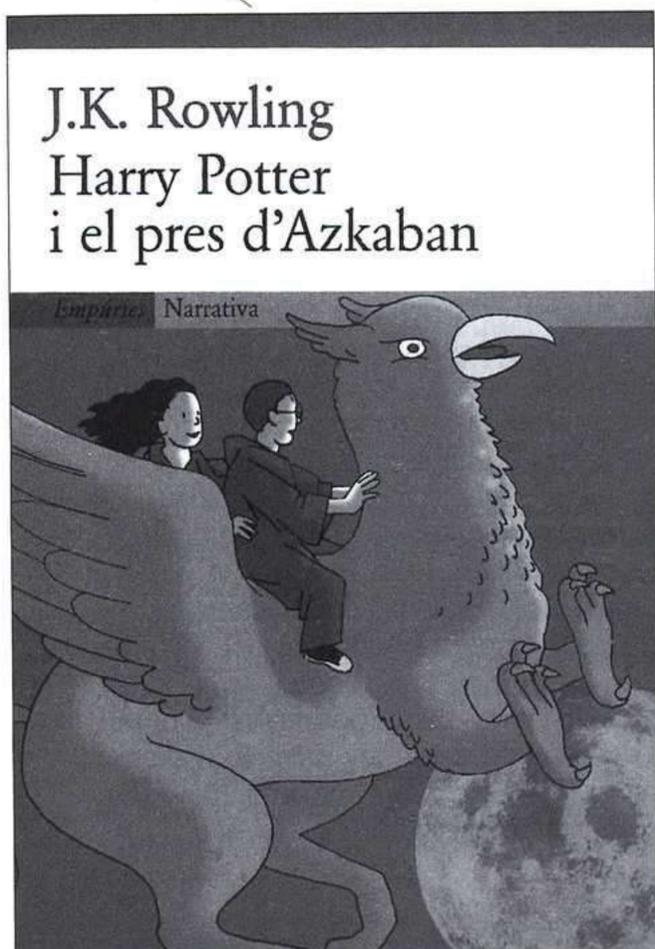
por Marilar Aleixandre*

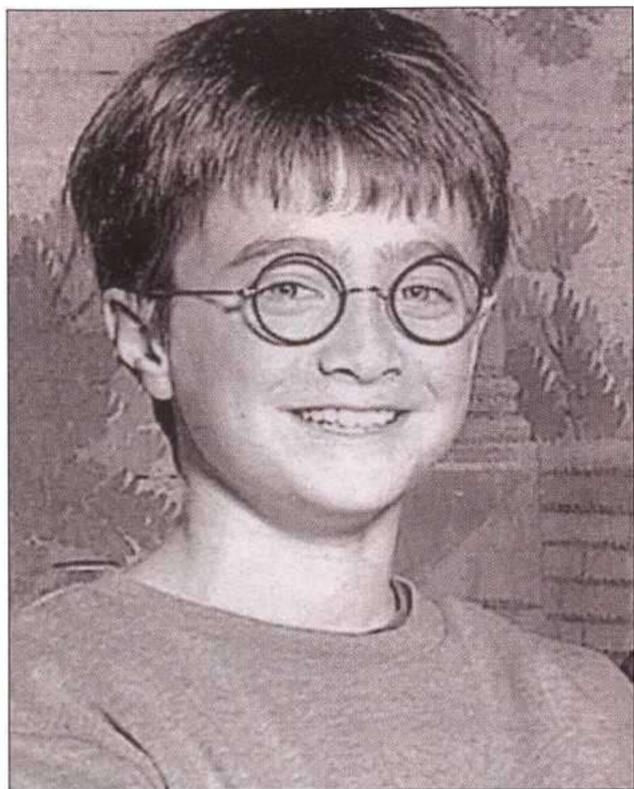
Esta trabajo soltar un libro de Harry Potter una vez que se ha empezado su lectura. No es difícil comprender por qué miles de niños y niñas —y adultos— de todo el mundo siguen atentamente los progresos de Harry a través de los cursos de la famosa Escuela Hogwarts de Magia y Brujería. Joanne Rowling ha creado un mundo coherente, poblado no sólo con protagonistas bien contruidos, sino con multitud de personajes secundarios inolvidables, como Hagrid, el guardabosques, un grandullón aficionado a los monstruos de gran tamaño; o Nick Casi Descabezado

(o según prefiera ser llamado Sir Nicholas de Mimsy-Porpignon), quien por culpa de un verdugo chapucero que dejó un par de centímetros de piel uniendo su cabeza con el cuerpo no consigue ser admitido en la elitista compañía de Cazadores Sin Cabeza. A los atractivos de una historia bien articulada se puede añadir el hecho de que el antagonismo entre Harry Potter y su enemigo Voldemort (y sus secuaces, como Draco Malfoy) esté basado, no sólo en que Voldemort sea un malvado que quiere apoderarse de todo, sino en ideologías opuestas y de plena actualidad: Volde-

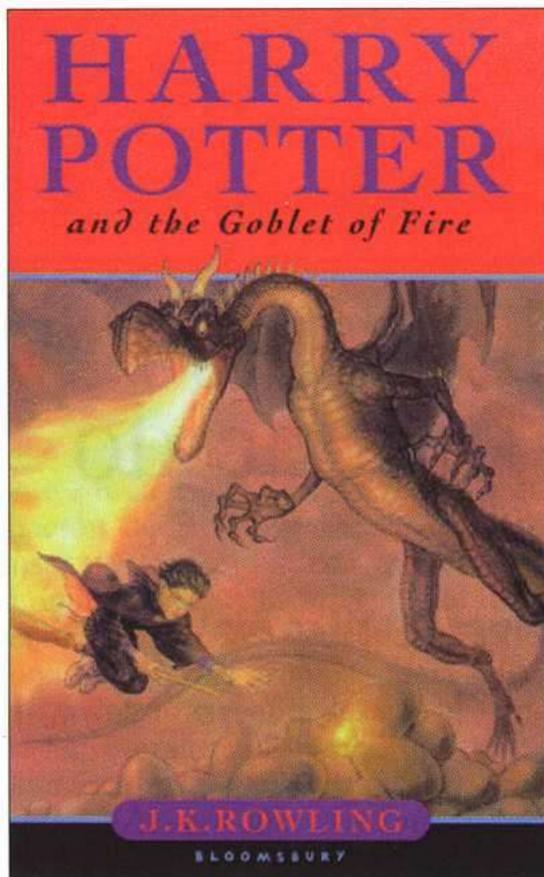
mort y Draco Malfoy preferirían que Hogwarts sólo admitiese alumnos de pura sangre, descendientes de antiguos linajes de magos, mientras que una de las mejores amigas de Harry, Hermione, es una bruja nacida de familia *muggle* (gente sin poderes), como lo fue Lily, su madre. Gran parte de la trama de *Harry Potter y la cámara de los secretos*, el segundo libro de la serie, gira sobre esta oposición.

Es, pues, una buena noticia poder disponer de los libros de Harry Potter traducidos al castellano (Emecé, ahora Salamandra) y al catalán (Empúries) poco después de la publicación del primero en inglés en 1997. La traducción al castellano de *Harry Potter y la piedra filosofal*, obra de Alicia Dellepiane, es en conjunto un digno trabajo que consigue recrear la lengua ágil y la viveza del original inglés. Sin embargo, hay algunos aspectos del texto en castellano que en mi opinión constituyen un ejemplo de la reverencia o seguidismo con que se emprenden las traducciones del inglés, dejando sin traducir fragmentos que de esta forma resultan impenetrables para la gran mayoría de los lectores, o realizando en otros casos versiones que son meros calcos de términos o expresiones en inglés y no verdaderas traducciones. No es éste un problema exclusivo de los libros de Harry Potter, ni de la literatura infantil y juvenil o ni siquiera de la literatura, pues ocurre también en el cine. Las traducciones están plagadas de color «indigo», mero calco del inglés *indigo*, para el que el castellano dispone de *añil*; de personas *sensibles*, es decir *sensibles*, *razonables*; y engendros peores, como dietas *balanceadas*, de *balanced*, que debería traducirse por *equilibradas*. Por el contrario, las de Harry Potter son en





Daniel Radcliffe, el actor británico que encarnará a Harry Potter en el cine.



conjunto buenas traducciones que podrían ser mejoradas con pocas modificaciones, lo que redundaría en beneficio de sus numerosos lectores y lectoras.

Quizás habría que comenzar reflexionando sobre el objetivo de una traducción que debe ser, según creo, poner a los lectores en la lengua traducida en una situación lo más parecida posible a los lectores en la lengua original. Esto no siempre es fácil de conseguir, pues, por ejemplo, los juegos de palabras pueden ser intraducibles (a menos que se altere sustancialmente el significado).

¿Qué razón puede haber para dejar sin traducir palabras o fragmentos del texto? Dejo para más adelante la cuestión de los nombres propios, siempre problemática y que en la actualidad no suelen traducirse (aunque no siempre fue así, recordemos a Guillermo Brown), así como las palabras inventadas. El capítulo 12 de *Harry Potter y la piedra filosofal* se titula «El espejo de Erised» y, cuando Harry lo encuentra, puede ver una inscripción grabada sobre él: «Erised stra ehru oyt ube cafru oyt on wohsi».

Aunque Rowling no proporciona explicaciones sobre esta leyenda —esta opción de dejar algunas cosas para que los lectores las descubran por su cuenta es uno de los méritos del libro—, una persona que hable inglés puede sospechar que está escrita en la lengua de los espejos, utilizada, entre otros muchos zurdos, por Lewis Carroll. Leámosla de atrás hacia delante: «Ishow no tyo urfac ebu tyo urhe arts desire», es decir «I show not

your face but your heart's desire». En castellano, la inscripción debería aparecer, por ejemplo, como «Oesed len oza roc ut edonisor tsor ut on ortseum», es decir «Muestro, no tú rostro, sino de tu corazón el deseo», y en consecuencia el espejo, tanto en el título del capítulo como en el texto, ya que tiene un importante papel en la trama, debería ser el «Espejo de Oesed». Dejarlo sin traducir es hurtar a los lectores parte del significado del libro, negarles la posibilidad de participar en el juego de adivinar el código empleado; la satisfacción de descubrir que un espejo habla como un verdadero espejo.

Igualmente mejorables son las traducciones de las asignaturas impartidas en Hogwarts, que por cierto parecen causar tantos quebraderos de cabeza a los estudiantes como las de otras escuelas que conocemos. Así, Defence Against the Dark Arts aparece traducido literalmente como Defensa Contra las Artes Oscuras, cuando lo que significa es Defensa contra la Magia Negra, y Potions, impartida por el lúgubre Severus Snape, calcada como Pociones, incluso en el título del capítulo 8, en lugar de Pócimas.

Los escritores sabemos bien que no es indiferente utilizar una palabra u otra y que, aunque «Artes Oscuras» y «Magia Negra» signifiquen cosas muy parecidas, el poder evocador de la segunda —que, además, es la traducción correcta— es muy superior. Prueben un momento a pronunciar en voz alta «poción» y «pócima» ¿No es cierto que la primera parece referirse a un jarabe pa-

ra la tos mientras que la segunda evoca peligrosos bebedizos?

El problema de los nombres propios

Tanto los nombres propios como las palabras inventadas han sido cuidadosamente elegidos; Rowling se preocupa por los detalles: Potter es el nombre de una famosa autora de literatura infantil (Beatrix Potter); Mrs. Norris, la odiosa gata de Filch, procede de un no menos antipático personaje de Jane Austen. Aunque los nombres de las cuatro casas de Hogwarts (*warthog* es jabalí verrucoso) no tengan una traducción directa, excepto Ravenclaw (garra de cuervo), sí tienen una carga semántica determinada: Gryffindor se relaciona con *griffin*, el fabuloso grifo, Hufflepuff, con resoplar; y la sinistra Slytherin, con *sly*, taimado.

Lo mismo ocurre con los nombres de los personajes y aquí la autora echa mano del latín y el francés: Albus, Minerva, para los «buenos»; Voldemort, Malfoy (que suena como *foe*, enemigo), para los malvados. Incluso Dobby, el tierno duende casero, procede de los mitos de Yorkshire. La opción de dejarlos sin traducir me parece adecuada. Otra cosa son los nombres del juego de *Quidditch* (emparentado con *quiddity*, sutileza): no es fácil la pelota roja, *quaffle* (*quaff* es beber de un trago), pero la *bludger* parece relacionada con *bludgeon*, cachiporra, y actúa como una; y la dorada *snitch*, con birlar, atrapar, justamente lo que hay que hacer con esta pelota. *Tragable*, *cachiporra*, *birlada* son posibles soluciones.

En todo caso, la cuestión de las palabras inventadas es de importancia menor, pero sería deseable que en sucesivas reediciones —que parecen aseguradas— y en las cuatro entregas que faltan de la serie, se traduzca todo lo que sea posible traducir y se haga uso de los recursos que ofrece la riqueza lingüística del castellano. Los múltiples seguidores de las aventuras de Harry Potter podrán así explorar por completo todos los recovecos de ese mundo fantástico de Hogwarts, tan semejante, sin embargo, al nuestro. ■

* Marilar Aleixandre es escritora y traductora.